

Santiaguito, que usted ve, ocupaba siempre un cargador que le llevara el fusil, ó alquilaba un simón si tenía que conducirlo él mismo. Portaba guantes para no lastimarse las manos á la hora de disparar, anteojos como fraile del Carmen, para ver al enemigo y correr á tiempo, y pomo de sales para no desmayarse con las conmociones de la lucha. Ahora, según parece, coge de nuevo la triunfal carrera que había emprendido, y se lanza á opacar los laureles de los Federicos y los Bonapartes.

— Gracias á Dios, dijo Sánchez, que tenemos ya aliviado al señor editor de *El Universal*. Allí va don Rafael de Rafael, á quien usted conocerá por sus polémicas con Cumplido. Es aquél bullicioso, charlatán, de belfo borbónico y nariz larga, ensanchada hacia el Ecuador y aplanada hacia los polos.

— Por cierto, completó el poeta, que no parece hallarse en peligro de muerte después de la estocada que le dió Crescencio Boves.

— ¿Y por qué fué ello? pregunté.

— ¡Qué sé yo! disputas antiguas. Ello es que hace poco se encontraron en Plateros; hubo lo de *yucateco indecente*, de *gachupín intrigante* y otras lindezas, y Boves, que apenas podía tenerse en pie, como que acababa de levantarse de una tremenda enfermedad, dió al otro una metida con un estoque, que me lo puso á dos deditos del sepulcro.

— ¡Hola, Florencio! ¿qué dice Blancarte? Insistes en

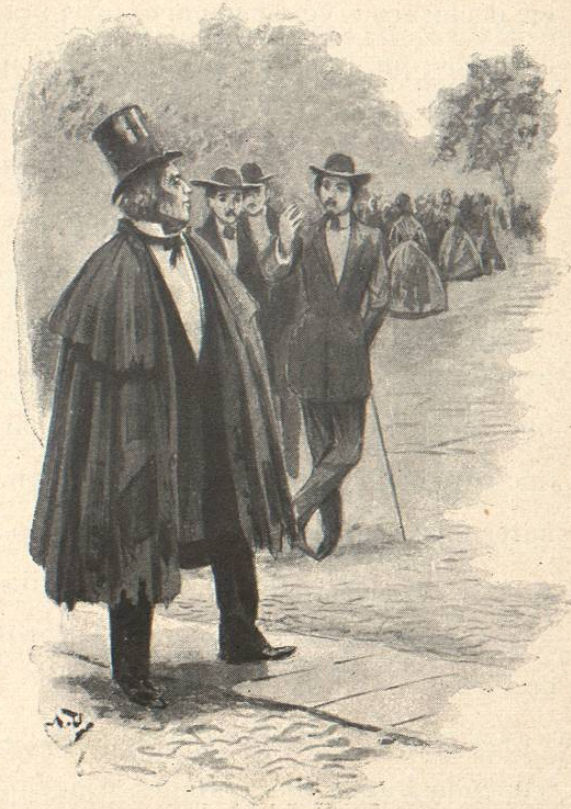
que fué presidiario, preguntó Juan á un caballero joven que se acercó al grupo.

— Aquí tienes, dijo Sánchez, á un nuevo amigo nuestro, el joven Juan Pérez; este mal sujeto es Florencio del Castillo, redactor del *Monitor* y hombre á quien usted conocerá por su pésima reputación.

Nos dimos las manos el recién llegado y yo, y continuamos la revista.

— Salud, don Marquitos, dijo Castillo saludando á un viejo con traje filosófico, capa llena de remiendos, sombrero grisiento echado hacia atrás, cabello largo y pasos tardíos y acompasados.

El señor don Marcos Esparza, ex Ministro de Hacienda y amigo muy cabal.



— Muy servidor de ustedes, dijo el vejete.

— Pero á usted nadie lo hace salir de su paso, señor, dijo con cariño Florencio.

— Nadie, ni siquiera Falconnet, que se ha empeñado en declararme concusionario, asegurando que fuí de los cochinos que tomaron parte en la distribución de los sesenta mil pesos con que diz que sobornó á las Cámaras para que consintieran en que se sacaran los dos millones y medio que permitió el gobierno que se sacaran.

— Y don Marcos es incapaz de eso, dijo Castillo. La prueba es que si se hubiera comprometido, ó habría comprado otra capa, ó habría comprado zapatos siquiera á unos cuantos de los cuatrocientos cuarenta y nueve hijos que Dios le ha dado. Pero no nos niegue que ha habido señores representantes que se ensuciaron con el oro inglés...

— Pollo, pollo, punto en boca, dijo el ex Ministro; no hay que hacer juicios temerarios, porque se falta á la ley de Dios.

La noche venía más que de prisa, alejando los coches, haciendo huir á los peatones y agrupando en bandadas á los charros. Allá se distinguían, arriba las siluetas negras de las torres, abajo los farolillos de los coches que rodaban por el empedrado desigual como turba de ebrios que meten ruido.

A las ocho, después de las frecuentes posas que vinimos haciendo en el camino, desembocamos en la plaza de

armas. Al frente veíamos el palacio, á nuestra espalda el portal de Mercaderes, á la derecha las casas de Cabildo, la Cárcel de ciudad y la Lonja. Don Marcos, hombre de buen ingenio, nos refirió la postura y la destrucción de la estatua de Santa Anna en el Volador, en 1844. Recordaba el hacendista-filósofo el muñeco aquel, de bronce dorado, de tamaño doble del natural, con su uniforme constelado de veneras, bandas y cruces, señalando con la mano derecha hacia el Norte para indicar que pronto iría á dar su merecido á los tejanos; pero dando á conocer en realidad, según el vulgo, que en la casa de moneda estaba la meta de sus aspiraciones.

Al dejar caer el velo que cubría la estatua, la cuerda se enredó en el cuello de la figura; presagio según muchos de que así había de morir ahorcado el original, aunque, según don Marcos, no lo era sino de que el pueblo lo había de echar abajo con soga al cuello en plazo no lejano, como sucedió.

El gran tema, la personalidad de Santa Anna, salió á luz. Sánchez y Covarrubias eran del número de los liberales que creían en Santa Anna á pesar de todas sus trastadas; para don Marquitos no había en el mundo más hombre posible que Arista; pero miraba con simpático *panfilismo* cuantas ideas y opiniones quisieran salir á luz, y en cuanto á Castillo, era el enemigo más furioso que podía tener el dictador.

Mientras dábamos vueltas por las Cadenas, el médico en ciernes se llenaba la boca con unas coplillas que estaban muy en uso:

¿Y vienes muy liberal,
General?
Si es así, guárdete Dios;
Es heroica la tarea,
Haz para que yo te crea
Aquí para entre los dos,
Porque sino estamos mal,
General.
¡Liberal! Danos la gloria,
Añanza nuestros derechos
Y vindica tu memoria,
De otros tiempos y otros hechos
Que son de luto en la historia.

— ¡Liberal! interrumpió Florencio. Estén ustedes seguros de que bajo el gobierno que se prepara, no vamos á tener de libertad ni la necesaria para tomar agua, si al gobierno se le antoja que tomemos vino. Créanmelo, amigos; esto anda mal y va á seguir peor. Ni Nerón, ni Ezzelino, ni Dionisio de Siracusa van á servir para descalzar á Anna. Qué Rosas, ni qué Doctor Francia, ni qué niño muerto; Santa Anna va á eclipsar á todos esos



Mientras dábamos vueltas por las Cadenas...

sujetos y á dejarlos muy atrás, haciendo que México se saque la palma en tiranía.

Reímos todos de lo que juzgamos un alarde de Castillo, y comenzamos á fijarnos en los pasantes que veíamos. Los hombres iban envueltos en *talmas*; las damas peinadas á la Cardoville, vestidas con muchísimas enaguas que las hacían parecer, apenas soplabá el viento más leve, viejas urcas navegando por mares tempestuosos.

Hacía luna, y aunque noche de Enero, el frío era poco. Bajo aquellos árboles, que tapizaban el suelo de sombras, como piel leonada, al pie de aquellas torres que recordaban cosas viejas y gentes idas, entre aquellos caballeros y aquellas damas que se miraban con amor, pensé en cuán necio resultaba acordarse del «gobierno del mundo y sus monarquías», cuando se debía meditar tan sólo en la manera de amar más y más de prisa.

A las diez, cuando me sentía casi muerto de fatiga, mis amigos me acompañaron á mi alojamiento, terminando así mi primer día de México.

